

## Un rayo de esperanza

Una vez que tenemos una idea general de los principales problemas que introduce el dominio político, cultural y económico de Occidente, es el momento de repasar algunos de los acontecimientos con mayor repercusión y relevancia en el continente, especialmente en las regiones donde nos venimos centrando. Como hemos expuesto, ya Cristóbal Benítez observó que, tan pronto como los franceses lograron instalarse en la costa occidental con el beneplácito de los monarcas, la presencia de la Iglesia se dejaba notar en cada ciudad de importancia. La técnica de la asimilación cultural, buscando hacer de los africanos unos perfectos ciudadanos franceses, ponía la educación de los muchachos en manos de organizaciones religiosas. John Hunwick explicaba que, por lógica, uno de los proyectos que en aquellos primeros momentos más ilusionaban era la cristianización del Sudán Occidental. Los educadores y misioneros enfatizaron su lenguaje con intenciones muy claras y precisas para crear una mala imagen del Islam y predisponer a la población contra uno de los asuntos más dañinos, latente en las relaciones entre musulmanes y africanos paganos: la esclavitud. Un desagradable tema que, a consecuencia de sus intereses en África, los países musulmanes intentaban silenciar. Frente a la rapacidad denigrante, la crueldad y la avaricia de los árabes y el Islam —dos términos que terminan por convertirse en sinónimos—, se trataba de imponer la benevolencia y la comprensión paternalista del cristianismo y los europeos. Tal y como hemos visto, quienes más perdieron a lo largo de la Historia con las estrategias de imposición religiosa de musulmanes y cristianos fueron las creencias y tradiciones africanas. Al menos en algo podían ponerse de acuerdo los seguidores de ambos monoteísmos: se consideraban superiores a los paganos. Resulta evidente que, tras la propaganda antiislámica, quedaban ocultas las políticas destinadas a evitar las influencias religiosas y los contactos entre líderes árabes y africanos.

A pesar de esfuerzos y maniobras, para 1910 las autoridades civiles y religiosas daban por perdida la carrera por la conversión en AOF,

principalmente a causa de la aparición de una nueva hermandad sufí de éxito impredecible. La *tariqa* muridiya tendrá enorme influencia más allá del terreno religioso, en la política, la economía, la cultura y las artes, desde el momento de su creación hasta nuestros días. Su fundador, Cheikh Amadú Bamba, había nacido en Mbacke, ciudad del reino de Baol en el año de 1853, hijo de un marabú de la escuela qadiriya, la más antigua y con mayor implantación hasta aquel momento en el Sudán Occidental. Todo cuanto rodea su figura está impregnado de los hechos excepcionales adecuados para las biografías de los hombres santos. Apenas nada se sabe con seguridad de sus primeros años, pero se cuenta que desde pequeño el niño Amadú demostró ser un excelente y aplicado creyente. Temprano y con gran facilidad había aprendido los textos sagrados de memoria y pasaba largas horas del día rezando y meditando. Tan pronto como tuvo la edad necesaria, Amadú tomaba el relevo de su padre como marabú en Mbacke, donde se dedicó a enseñar el Corán, dar consejos y fabricar amuletos protectores, *gri-gri*, para quienes venían a consultarle. Durante esta primera etapa el joven pasaba temporadas en los desiertos mauritanos, estudiando junto a los más respetados ulemas de la cofradía qadiriya. Su fama y prestigio crecieron rápido. Por parecerles superior en sabiduría, decenas de personas acudían bajo el magisterio del asceta para recibir su gracia espiritual de origen divino, *baraqa*, y entrar a su servicio. El núcleo de sus enseñanzas hacía especial hincapié en la observancia de los cinco preceptos, en la completa sumisión de los fieles al marabú y en la filosofía de la dedicación al trabajo y el esfuerzo como forma de vida que mejor destila las virtudes del hombre, la vía más apropiada para alcanzar la salvación del alma y el Paraíso. Según afirman los propios seguidores del muridismo, si hubiera que elegir una frase de Bamba para definir su mensaje, esta debería ser: “trabaja como si fueras a vivir para siempre, reza como si fueras a morir mañana”.

Alrededor de 1875, cuando Amadú Bamba comenzó a tener mayor proyección como personaje público y líder religioso, Hadj Omar Tall había perdido la vida en Bandiágara y su imperio había quedado repartido entre varios de sus hijos.

Los vapores franceses remontaban el río Senegal en busca de la derrota de la resistencia tukoror en Medina. Samori Turé comenzaba a hacerse fuerte en las montañas del mande. Bamba, por el contrario, aunque manifiestamente contrario a los franceses y sus artimañas, conocía bien el poderío europeo y se había percatado de la inutilidad de aquellos esfuerzos. Nada se podía hacer, a su juicio, contra aquella maquinaria de hacer guerra alimentada con el reclutamiento de sus propios paisanos. Desde el principio se distanciaba del enfrentamiento armado y la instauración de un estado teocrático, como habían intentado los seguidores de la *tariqa* tidyaniya. Descartada la resistencia armada, la oposición al colonizador debería encauzarse por medio de la acción no violenta. Las autoridades coloniales, temerosas de su cercanía con la aristocracia títere del protectorado de Yolof y con el movimiento guerrillero del Damel de Kayor Lat Dior, cuyos integrantes comenzaban a engrosar la lista de sus seguidores, pensaron que el morabito podría encabezar un levantamiento popular que viniera a complicar el sosegado panorama conseguido con pactos, engaños y batallas en el interior de la cuenca del Senegal. Aparentemente Bamba nunca expresó intenciones de declarar la guerra contra el paganismo ni enfrentarse a los invasores cristianos, aunque por las mismas razones podía haberlo hecho.

La historia también dice que el número cuarenta de sus seguidores fue un *chedo* de la familia de Lat Dior, conocido entre sus compañeros de unidad como Yapsa Jant Fall, quien al parecer, desanimado por su trabajo como soldado y en busca de consuelo para su alma, encontró su guía espiritual en la figura del afamado cheikh de Mbacke. La unión ya indisoluble de los dos personajes en 1883 marcaba el inicio del muridismo. Con fama de trabajador y esforzado, el *chedo* abandonaba su pasado y se hacía compañero fiel e inseparable de Bamba, tomando las riendas de las finanzas de una organización en continuo crecimiento y gestionando viajes, visitas, audiencias, prédicas y actividades cotidianas. Pero él no podía hacerlo todo ni manejar las masas que acudían frente al sabio. Junto con unos cuantos antiguos compañeros formó un pequeño grupo de fieles seguidores que, conservando la

indumentaria y la estética *chedo*, se debían dedicar en exclusiva al privilegiado servicio del marabú. Rebautizado con el nombre de uno de los más grandes profetas, Ibrahim Fall y su grupo de Bay Fall quedaron eximidos de rezos, abluciones y ayunos, así como de la dedicación al trabajo, para mostrar su consagración al Omnipotente Creador únicamente a través del servicio a la hermandad. Una compañía de vociferantes individuos con pelos enmarañados a lo rasta, ropajes largos y coloristas compuestos a base de retales, con mazas, amuletos y escudillas de calabaza con la que pedían monedas, encabezaba la comitiva del místico allí a donde se dirigiese. El personaje del morabito fundador adquiría así una dimensión reservada y meditativa; salvo en las ocasiones de rezos y prédicas, nadie interfería en su vida privada.

En 1887 Bamba había fundado Darou Salam, la ciudad de la paz, donde fijaría su lugar de residencia. Unos años más tarde Fall y Bamba comenzaron a recorrer caminos con multitud de seguidores. En cierta ocasión, habiendo pasado unos días de descanso en Darou Salam, la comitiva se dirigía de nuevo hacia la localidad de Mbacke cuando el místico, apartado en la soledad del campo para rezar en silencio, tuvo una revelación divina que le indicaba el lugar donde debía fundar una ciudad y construir una mezquita para la hermandad. El paraje era un páramo bautizado como Toubá, la ciudad de la luz, donde quizás había unas chozas previas. La construcción de la *zawiya* o *ribat*, una costumbre de los morabitos sufíes. Ocho años y algunas conversiones de reyes paganos después, el movimiento popular de Amadú Bamba era considerado como una amenaza real y el líder era arrestado y juzgado en San Luis. Sin ningún cargo legal ni acusaciones probadas, aquel mismo año de 1895 fue condenado al destierro y la cárcel en el presidio más afamado del África Ecuatorial Francesa, una isla de Gabón de donde nadie regresaba. La vida del lugarteniente Fall también cambiaba cuando el vapor de cabotaje zarpó llevando a Bamba a su exilio. Ibrahim quedada, como cabecilla de los murides, obligado a insistir ante la justicia de la República elevando recursos jurídicos para defender la inocencia del condenado, lo que conllevaba un desembolso en abogados y procesos. Con el objetivo de poder cubrir

gastos, Ibra Fall instituyó la obligación de cooperar con la hermandad donando una pequeña parte de los ingresos obtenidos del trabajo. *Djeuf djeul* era su máxima preferida, “recogerás lo que siembres”. La estructura de la organización comenzaba a tener el aspecto de una fundación cuyas prácticas se subvencionan a través de donativos. Con los mismos fondos, la hermandad proporcionaba servicios sociales y préstamos a los agricultores.

Lejos de caer en el olvido, la figura del afamado cheikh de Touba no dejó de crecer durante su exilio. Escasas noticias llegaban desde Gabón, pero al menos se sabía que seguía vivo con el pasar de los años. Encarcelado en compañía del último *bur ba*, rey de Yolof, Samba Laobé Penda, depuesto y detenido cuando dejó de ser útil para la estrategia de los nuevos administradores, Amadú Bamba dedicaba su tiempo a escribir una sorprendente cantidad de tratados sobre meditación, práctica de rituales, exégesis coránicas, poemas y métodos de resistencia pacífica contra los invasores. Cientos de leyendas sobre el fundador comenzaron a circular entre los murides, dando cuenta de su milagrosa subsistencia. Torturas, ordalías, privaciones y milagros, hacían que la imagen del marabú se revistiera de la aureola del hombre santo. Con gran pasión los murides contaban que, durante la travesía al AEF, al mostrar la piadosa intención de rezar, el capitán prohibió cualquier tipo de práctica musulmana a bordo. “Si rezas en mi barco me ofenderás, pero si no rezas ofenderás a tu Dios”. Ni corto ni perezoso Bamba, para no agraviar a nadie, saltó sobre las olas, de donde surgió una alfombrilla, caminó y realizó sus genuflexiones en dirección a La Meca entre los sagrados peces, mientras Yibril, el arcángel Gabriel, le protegía de los peligros surcando los cielos. Al regresar al buque, el capitán comprobó con sorpresa que el preso todavía llevaba algo de arena sobre su frente. Otras leyendas cuentan que superaba con éxito cada ordalía a la que era expuesto por los carceleros. Encerrado junto a un león hambriento, la fiera dormía la siesta junto a su regazo. Rezando con su rosario en la mano, un búfalo caía por tierra al intentar cornearlo. En la estrecha celda de castigo, tomaba el té con el Profeta.

Siete años y nueve meses después de partir, Bamba cumplía la condena y regresaba, delgado pero ileso, al puerto de San Luis. Sus discípulos se dieron cita para recibirlo y una gran comitiva lo acompañó hasta Darou Salam, donde se organizó un jubiloso festejo de bienvenida que se alargó durante quince días con sus noches. Las historias murides insisten en que Bamba propuso el sacrificio de un ejemplar de cada especie, como agradecimiento a Dios y alimento de la concurrencia. Una vez que la cabra, la gallina, la liebre, el zorro, el facocero, el mono, el dromedario y demás ejemplares pasaron por las manos del matarife, uno de los humildes fieles observó que faltaba el hombre, y ofreció su cabeza. Bamba objetó: “el hombre, dijo, es el ser más sagrado que Dios. Todo Poderoso ha creado sobre la tierra. En ningún caso debe sacrificarse”. No había pasado ni un año cuando la autoridad competente volvió a exiliar al teólogo al desierto del sur de Mauritania, vigilado por 150 *tirailleurs* y 50 *spahis*. De cualquier forma, al cumplirse un año de su regreso, una gran multitud de gentes se volvió a reunir para rezar y festejar en recuerdo del acontecimiento. De esta manera quedó institucionalizado el Gran Magal, una conmemoración que hoy en día arrastra a medio millón de senegaleses y gambianos, con un cuerpo de servicio y protección civil organizado por los Bay Fall. Allí en el desierto, rezando entre las dunas, permaneció de 1903 a 1907, cuando regresa y es condenado a vivir bajo arresto domiciliario en Tiyén, cerca de Louga, donde tan sólo estaban autorizados a acompañarle cincuenta discípulos en veinte cabañas. El revuelo que se había formado tras su vuelta de Gabón, junto con las dimensiones que iba tomando la figura del santo, capaz de hacer milagros por medio de la ascética mortificación de las pasiones humanas, hizo que durante aquel periodo el número de murides aumentara de forma exponencial. El Islam había ganado la partida y además todos los sectores ligados al cacahuete podían sentirse muy satisfechos. El empeño por el trabajo aumentaba cada año la cosecha del arácido, que así llegaba más barato a los importadores franceses.

Cheikh Amadú Bamba nunca se dio demasiada importancia con respecto a su misión divina y su liderazgo. Hombre más bien modesto y reservado, su

humildad le hacía invisible y austero en sus asuntos cotidianos. Fueron sus *talibé* quienes se encargaron de dotarlo del carisma de un profeta y convertir Touba en lugar de peregrinaje tan importante o más que La Meca, lo que nunca dejará de ser una herejía en el resto de la *Umma*. Liderando la oposición a la política de negación de derechos a los colonizados, el cheikh de los murides resistió ampliamente cada injusticia realizada sobre su persona sin apartarse lo más mínimo de sus postulados pacifistas. Al contrario, Ibra Fall aseguraba que el santo rezaba por la conversión de las almas francesas. El trabajo, las aportaciones voluntarias, las dádivas recolectadas por los Bay Fall a lo largo del año, conformaban la hermandad como una empresa solidaria y cohesionada. Ibrahim Fall era quien hacía el trabajo, aunque en ambos se notaban los años de sufrimiento. Finalmente, para 1910 los franceses empezaron a convencerse de que Amadú Bamba lideraba un gran movimiento social y religioso de carácter no violento, y comenzaron a pactar y pensar en él más como una ventaja que como un inconveniente. Naturalmente Bamba se entendió bien con el poder colonial, pero tan sólo cuando estos quisieron dejar de atosigarle. Las relaciones mejoraron hasta el punto que, al estallar la guerra de 1914, Bamba animó a todos sus seguidores con edad apropiada para alistarse y luchar en las trincheras de Europa por los intereses de la “madre patria”. Esta iniciativa le fue reconocida y le granjeó la Legión de Honor francesa, concedida por acuerdo de las cámaras en 1918. Unos años tardarían, no obstante, en aprobar el proyecto de edificación de la gran mezquita de Touba, hoy uno de los mayores templos de África. Concebida como una estrella con una enorme torre minarete en el centro, sus rayos albergan las escuelas coránicas, los palacios de los morabitos, el cementerio y el mausoleo de *Seriñ Touba*, donde reposan los restos del santo. Amadú Bamba moría en 1927, al año siguiente de comenzar las obras. El funeral, como cabía esperar, fue multitudinario. Las gentes se agolparon con la expectativa de nuevas y grandes revelaciones sobre los secretos de Bamba. La cuestión de su sucesión, por supuesto, llevaba varios meses sobre la mesa, pues todos, incluidos los franceses con la esperanza de la eventual dilución de la cofradía, conocían el peligro de ruptura que podría causar la aparición de varios

aspirantes. La hermandad podía haber elegido a Ibra Fall o cualquiera de los importantes personajes que rodeaban al marabú, pero se impuso la voluntad del fundador. Su hijo Cheikh Muhamadú Mustafá Mbacke sería unánimemente nombrado segundo califa del muridismo, la sucesión sería hereditaria, sin conflicto de intereses. Fue este mismo quien, al fallecer Ibrahim Fall tres años más tarde, bautizó el minarete de Touba en honor del fiel compañero como la Luz de Fall, *Lamp Fall*, una expresión que se repetirá indefinidamente sobre barcas, tiendas y vehículos. Tan sólo al morir este segundo califa, el tercer *Seriñ Touba* establecería la imagen definitiva y oficial del iluminado, impidiendo su equiparación con el Profeta y dando carta de veracidad a un hecho milagroso que los murides mantenían como cierto desde su regreso. El Corán advertía que cada cien años Dios habría de enviar un mensajero para enderezar el rumbo del Islam, un renovador, *muyadid*, cuya palabra debía ser escuchada por todos los musulmanes. El mismo Profeta Mohamed, decían todos, se había aparecido ante Bamba aquel día en que su misión le fue revelada, otorgando sobre el humilde cheikh de Mbacke el título de *Jadimú Rassul*, privilegiado servidor del mensajero de Dios.

No se podría entender la actual situación religiosa, social, económica y cultural de Senegal sin conocer el muridismo. Las repercusiones de las actividades de la cofradía y sus seguidores son numerosas en todos los terrenos. Como una gigantesca organización empresarial, ya de carácter multinacional, todos los murides dispersos por el mundo se organizan en *Daira Touba*, sucursales de la matriz central, para enviar una parte de sus ganancias al *Seriñ Touba*. En el sector del cacahuete, el apoyo a las iniciativas coloniales puso a los senegaleses al frente de la producción mundial, hasta el momento en que el gobierno norteamericano respondió aplicando subsidios cuantiosos a su industria, para poder vender más barato que los africanos. Al tener una sobresaliente importancia en la economía, su influencia en la política se manifiesta con una presencia mayoritaria en el parlamento en las filas de diversos partidos y, en consecuencia hasta el momento, con la elección de presidentes de la república. Nada se decide, por tanto, en Senegal que no



tenga el visto bueno del *Seriñ Touba*. Los murides suelen cubrir las paredes de casas, tiendas y talleres con la iconografía y las frases de los fundadores Bamba y Fall. Portan gri-grí preparados por su respectivos marabús para solventar problemas familiares o laborales, y como protección ante enfermedades y mal de ojo. Taxis, *Car Rapide* y camionetas urbanas, junto con las consignas en apoyo de la selección nacional de fútbol, *les lions*, suelen llevar pintada la efigie del fundador o la reproducción del minarete *Lamp Fall*. Los músicos dedican canciones a estos mismos personajes o propagan sus mensajes. Artistas pintores del suwer realizan series completas con la biografía milagrosa del santo y su acompañante. Los devotos del movimiento Bay Fall son ubicuos en las ciudades, cantando y pidiendo dinero con su calabaza. Tienen sus centros de reunión y sus propias fiestas y peregrinaciones. El *Gran Magal*, reunido cada año en Touba en el aniversario de la desaparición de Bamba, es uno de los acontecimientos de mayor relevancia anual. Se da la circunstancia de que, debido a su reservada vida, tan sólo existe una imagen fotográfica de Amadú Bamba y quizás menos de un puñado de Ibra Fall. Se trata de una antigua placa, por supuesto en blanco y negro, tomada al sol mirando a la cámara delante de lo que parece una barraca de madera, vestido con su clásico caftán blanco y un *litam* suelto que le cubre boca y barbilla, dejando visible nariz y ojos. La instantánea quedó muy contrastada y el contorno de la figura es fácil de reproducir a mano alzada sobre cualquier superficie, pero malas copias de laboratorio muy forzadas resaltan los tonos extremos y hacen desaparecer el detalle de los sombreados, caso de los pies en sus zapatillas, provocando leyendas como la que afirma que el santo levitaba. Toda la iconografía de Bamba, por consiguiente, se reduce a esta imagen respetada. La nómina de personajes públicos y famosos murides es hoy interminable. Por nombrar algunos bien conocidos, Youssou Ndour, Cheikh Lô y el presidente Abdoulaye Wade son murides.

Al hilo de cuanto venimos exponiendo, nos conviene resaltar la función de cohesión que las distintas cofradías musulmanas cumplen en el seno de las sociedades por encima de fronteras, diferencias étnicas y lingüísticas. Ferrán

Iniesta exponía el denominador común de qadiriya, tidyaniya y muridiya: la protección de los fieles ante los abusos del poder. Desbaratados los reinos y las monarquías, la intervención de Occidente no pudo erradicar la idea de jefe carismático, ni todo lo que esa figura divinizada representa como garantía de fuerza y unidad para la colectividad, como defensa frente a amenazas de la naturaleza y el hombre. A continuación, el africanista rompía con la falsa idea del pertinaz enfrentamiento religioso al sur del Sahara. Ahora sabemos que la expansión del islam en los siglos VII y VIII no se logró a golpe de conquista militar de musulmanes contra diferentes enemigos, puesto que los autores de aquellos enfrentamientos todavía no habían tenido tiempo de consultar el Corán y conocer a Mahoma. Simplemente, una sublevación de cristianos unitaristas contra todo lo que oliese a trinitarismo había ocasionado batallas y sustituciones en el poder a lo largo del Magreb y la península ibérica. Desde este primer germen, diversas culturas con su peso específico se desarrollarían sobre el territorio originario del unitarismo cristiano. A partir de este momento, los mercaderes ibaditas van a llevar el mensaje coránico al Bilad as-Sudán sin guerras ni conquistas, de forma lenta y pacífica. Su cometido será fortalecer un comercio transahariano que ya existía con anterioridad. Desde finales del siglo XVIII los movimientos musulmanes integristas se organizaron frente a los poderes depredadores originados por la Trata. Fueron originados por problemas y conflictos internos, resueltos a través de iniciativas tomadas en el seno de grupos con necesidades de protección. La única forma que tuvo el inteligente Amadú Bamba de convencer a sus exaltados *talibé* de su camino pacifista fue recordarles las enseñanzas de los antiguos teólogos coránicos. La *Yihad*, esfuerzo ante Dios, se podía practicar adoptando diversas actitudes, entre las cuales la *Yihad* militar se encuentra en el puesto octavo. Bamba estuvo bien listo y despierto. Sin estado ni opciones militares, se dio cuenta que el pensamiento religioso organizado era lo que más temían las autoridades francesas, empeñadas por hacer de los colonizados unos buenos ciudadanos para la República. En efecto, el muridismo se opuso a la colonización intelectual y cuenta hoy con millones de seguidores. Con enorme coherencia, Iniesta lleva sus postulados hasta las últimas consecuencias. Europa había

adoptado el cristianismo de Oriente y el Magreb, transformándolo y olvidando que originalmente había sido unitarista. De la misma manera, India, África y Al-Ándalus inventaron su versión del islam con personalidad específica. Ambos grupos, dice Iniesta, “se caracterizan por una gran incompreensión e intolerancia hacia lo ajeno, por la construcción de un ‘otro’ en negativo identificado con el error y el mal absoluto”. Utilizando el poder económico que le había granjeado la Trata, el Imperialismo occidental planteó la colonización de las tierras de los pérfidos musulmanes y los buenos salvajes para salvarlos de ellos mismos, con la obligación moral de quien se considera superior. A lo largo del siglo XX veremos cómo se descubrió el valor de las culturas ajenas. Partiendo de la versión bíblica de la Historia, musulmanes y cristianos siempre explicaron con los mismos argumentos, pero intereses divergentes, la hegemonía medieval del islam. La supremacía de la cultura en árabe se habría logrado gracias a una agresividad innata. Es lo que Iniesta llama, con sarcasmo, la teoría de la Incompetencia Congénita, y que podría igualmente llamarse Dinámica de la Agresión Universal, utilizada hasta hoy en día para justificar la explotación del débil en razón de una supremacía técnica y cultural. Según esta teoría etnocentrista del más fuerte, sostenida por los unitarismos y desmentida a golpe de dato histórico, quienes no pueden evitar ser esclavizados, agredidos y conquistados, sufren la dominación de sus agresores en su propio beneficio y a causa de su “inferioridad genética y cultural”.